



Una carrera de autos

(9 de septiembre de 1962)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2609

DOMINGO 13 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Atajo

Miguel Ángel León Govea

“Tomaremos un atajo” —dijeron las estrellas.
Hoy, después de su lluvia,
llegaron las luciérnagas.

ESCRIBEN: Christian Mora, Yunuén Cuevas, Carlos Ramírez, Azul Sevilla, José Lomelí,
David Huerta, Ramón Moreno, Julio Zamora y Carlos *Caco* Ceballos.

Un septiembre singular

Yunuén Cuevas

La alegría invadió mi cuerpo al ver aquel carrito lleno de banderas tricolor, escudos nacionales para colocar en las puertas, peinetas para el cabello, cornetas; pensé que por la contingencia no vería este año aquellos puestos ambulantes llenos de color. Desde que tengo uso de memoria septiembre ha sido uno de mis meses favoritos, me gusta ver la ciudad coloreada de verde, blanco y rojo por doquier. La música mexicana en las bocinas acompañando a la venta de comida alusiva a la fecha en los jardines principales de la ciudad. Una de las cosas que más me gusta es ser parte de la algarabía de la noche del 15 de septiembre.

1980-1990. No recuerdo exactamente mi edad, pero no superaba el metro de estatura, conforme descendíamos por la calle Constitución podía observar cómo aumentaban los grupos de personas vestidas de alegría. Una vez en el jardín principal de la ciudad, poco a poco íbamos formando parte de la aglomeración. Las manos de mis papás unidas a las mías, una de cada lado, me hacían sentir segura al caminar. Las trompetas, mariachi, tambores, gritos eran la música del lugar, casi podías respirarlos mientras caminabas. Algo que llamó mi atención era ver cómo los jóvenes estiraban unos artefactos que sostenían en sus manos, hasta que soltaban la parte distal de la liga, que contenía un puño de aserrín bien amarrado y se estrellaba en las posaderas de quien se tenía enfrente, las famosas cebollitas. Llegaba un momento en que mi papá me colocaba en sus hombros para poder tener mayor visibilidad y admirar aquel edificio lleno de luces coloridas, que dibujaban una bandera en su fachada. Salía un contingente, se desprendía un hombre y gritaba algo por una gran ventana, seguido por un ¡Viva! de la multitud, agitaba una gran bandera y la fiesta de luces se hacía presente en el cielo.

1990-2000. Esta noche sería diferente, mis papás y tíos reservaron una mesa en uno de los salones del hotel en el centro de la ciudad. Las mujeres nos vestimos con prendas coloridas, grandes aretes, una falda larga o botas dependiendo del traje típico que quisiéramos representar. La noche mexicana nos esperaba, con mesas redondas, manteles largos, meseros vestidos de mariachi, dos barras alargadas, una con la deliciosa comida mexicana, enchiladas, sopitos, pozole, carne asada, flautas, sopes, gelatinas, elotes, tacos; y la otra con botellas donde el tequila y mezcal no podían faltar. El anfitrión organizaba juegos entre los asistentes, competencias de baile, el juego de las sillas, los listones, lotería y se repartían los regalos a los ganadores, llevados hasta su mesa acompañados de una gran ovación. El premio de la noche fue al mejor traje típico y mejor intérprete de canciones mexicanas. Desfilaban las coloridas faldas, las blusas llenas de holanes, zapatillas hermosas, pulseras, aretes, collares, rebozos y trenzas perfectamente delineadas. Y las notas musicales, eran precisas, mejor no podían ser interpretadas. Pero yo ansiaba estar allá, afuera, rodeada de la gente, esperando ansiosa a que las luces volvieran a apropiarse del cielo.

2000-2010. Cuando fui a Mérida me merqué los trajes, como diría mi abuela.

Eran especialmente para portarlos la noche del 15, como le decimos por acá. Las tres mujercitas del grupo nos colocamos los trajes típicos de Yucatán. El fustán, jubón e hipil, perfectamente colocados, llenos de flores y aves bordadas, el cabello agarrado con una trenza que rodeaba nuestra cabeza para terminar adornado por un gran tocado de flores; collares y aretes completaban el ajuar. Los tres hombres optaron por camisa de cuadros, pantalón de mezclilla y un paliacate rojo en el cuello. Es cierto, un traje no tenía nada que ver con el otro, pero qué va, íbamos de México. Mi papá nos indicó que debíamos subir las escaleras del recinto, la presidencia municipal del lugar. Entramos a la sala de espera, que para mi sorpresa tenía tres balcones donde se podía admirar el majestuoso jardín. El tumulto se incrementaba poco a poco. La escolta se hizo presente en el salón y entregó, frente a los saludos de los asistentes, la bandera al hombre del contingente. Él salió por uno de los balcones, los demás seguimos el ademán en los balcones contiguos y pude admirar cómo gritaba uno a uno los nombres de nuestros héroes de independencia. Conforme los gritaba, un gran ¡Viva! salía de nuestras gargantas, como pretendiendo que nos escucharan a través del tiempo. El hombre calló un momento, agitó la bandera, las campanas tocaron y sabía que tenía que voltear al cielo, la fiesta allá arriba estaba a punto de comenzar.

2010-2019. Los carteles y anuncios que invitaban a la noche del 15, parecían promocionar más al artista del momento que el Grito de Independencia; eso sí, los colores no podían faltar en el primer cuadrante de la ciudad, ya fuera con banderas, telas perfectamente acomodadas, luces o sombreros. Ahora estaba todo más separado, los alimentos en un jardín, los juegos en otro y el escenario y portales en el jardín principal. Por ello sentía que faltaba algo, la familia completa, los papás con sus hijos de las manos o con ellos en los hombros, pidiendo agua fresca, paletas o churros. Estábamos rodeados de jóvenes, grupos de amigos que se gritaban unos a otros tratando de estar lo más cerca del escenario posible, murmurando que esperaban dieran el grito rápido para comenzar el concierto. De pronto de aquel balcón salió un contingente, se leyó el discurso de independencia y el hombre mencionó uno a uno a los héroes tan reiterados durante esa noche y en las clases de historia de educación elemental. ¡Viva!, gritaban algunos; otros reían, otros volteaban al escenario y unos más miraban el celular. La bandera se agitó, dando lugar a lo que más esperaba de esa noche; no, no era el concierto. Exacto, era la fiesta de luces que indicaba que era hora de marcharnos del lugar.

2020... Hoy es un septiembre diferente, como todos los que han sido a lo largo de mi vida. Espero con ansias las calles coloridas, los sonidos de mariachi, el olor a México por las travesías. Ese patriotismo dibujado en las caras de los niños, de los jóvenes, de los adultos, que a través de sus ventanas o azoteas puedan voltear al cielo y admirar la fiesta de colores que indica, que éste como todos los años, es un septiembre singular.

¡Viva México! ¡Viva!



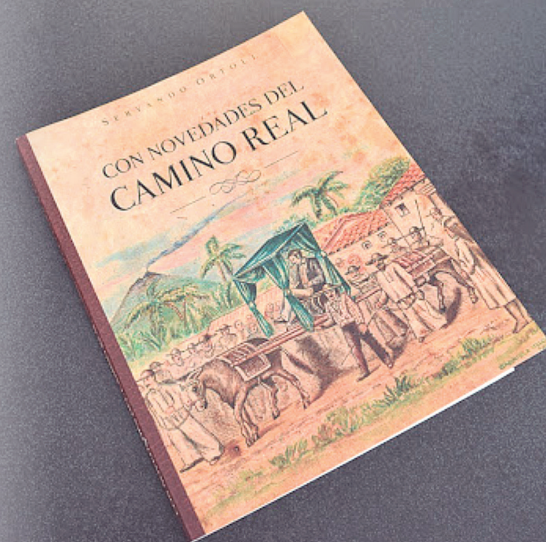


Leer bajo el volcán

Carlos Ramírez Vuelvas

Con *novedades del Camino Real*, de Servando Ortoll, reúne crónicas históricas escritas por los viajeros de México y de distintas partes del mundo, que siguieron los trazos del Camino Real, esta enigmática, misteriosa y seductora ruta de comercio que iba desde el Puerto de Manzanillo hasta la capital del país, bordeando por la Sierra Madre Occidental. Servando Ortoll, con su oficio de historiador, se dio a la tarea de investigar en fondos reservados y en

archivos históricos esta maravilla de textos, para traer a nosotros crónicas ensayadas que podemos disfrutar cuando saboreamos las descripciones de nuestro paisaje, la reflexión sobre nuestra cultura y, en algunos momentos, la descripción de nuestros pueblos colimenses. Les recomiendo ampliamente *Con novedades del Camino Real*, de Servando Ortoll, editado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado en el 2017. Les recomiendo leer literatura colimense.



Crónica de un adiós (o dos)

Christian Mora

En la barra del bar, levanta el vaso y antes de darle un nuevo trago inclina la cabeza hacia la izquierda. Le parece verla entrar, aunque la oscuridad no le permite reconocerla del todo. *Últimamente*, piensa, *la veo en todos lados*. Vuelve la mirada hacia el frente y completa el trago. A pesar de diluir el tequila en la Coca, siente el ardor en la garganta. Se le eriza el vello de los brazos, sacude la cabeza. *Me quedó fuerte*. Sonríe para sí. Vierte más refresco a su bebida y la sujeta con ambas manos entrecruzando los dedos. De reojo, la mira acercándose con un grupo de amigos. Comienza a sentirse nervioso. Una gota de sudor emerge en su sien y la seca en su hombro. La escucha reír y los nervios aumentan. Percibe el aroma acaramelado de su perfume. Ella pasa de largo, buscando una mesa vacía. *No me vio*. Suspira.

Con tres sorbos largos termina su bebida. Necesitará valor para seguir ahí. Le pide a Don Chuy otro caballito, un vaso con hielo y un plato de nachos para acompañar. Mientras espera su pedido no deja de vigilar la mesa donde ella se encuentra. Una de sus amigas se levanta dirigiéndose a la rocola. Empieza a escuchar música de ritmo caribeño, recuerda cómo ella disfruta bailar. Al regresar a su asiento, cruza miradas con la amiga; le sonríe. Ella responde la sonrisa por cortesía siguiendo su camino.

Don Chuy le acerca los nachos y se ofrece a preparar la bebida, pero él se niega a recibir ayuda. Es parte de su ritual. Toma el tequila y vierte poco más de la mitad en el vaso con hielo. Llena el resto del recipiente con Coca y da el primer sorbo para no derramarla. Come los nachos con calma, disfrutando en su boca la combinación de tortilla frita, queso, frijoles, jitomate, y salsa roja. De vez en cuando da tragos al charro negro para

quitarse el sabor de la botana.

Tras de sí, escucha murmullos provenientes de la mesa en la cual ella se encuentra. Se siente señalado. *Ya le dijo que aquí estoy*. Retornan los nervios. Bebe con rapidez hasta llegar al fondo de la copa. El resto del caballito lo toma directo. Se pregunta si debe irse o seguir tomando, pero casi sin pensarlo pide un tequila más. El peso de los párpados le dificulta abrir los ojos en su totalidad. Ya con el charro servido en sus manos, gira su cuerpo hacia la mesa de su aflicción buscándola con la mirada. Ella se levanta y camina hacia los baños. Lo interpreta como una invitación a la privacidad y la sigue con pasos entorpecidos. Antes de cruzar la puerta de los sanitarios, le toma la mano y la jala.

Asustada, ella lo mira a los ojos sin comprender. Desconcertado por su reacción, sólo atina a decir hola e intenta acercarse para besarle la mejilla. Ella lo rechaza dando un paso hacia atrás, confundiendo aún más.

—¿Qué te pasa, pendejo? —escucha tras de sí. Un segundo después de volverse, recibe un golpe directo en la quijada. Percibe el sabor férreo de inmediato. Cubriéndose

medio rostro se dirige al baño de hombres para enjuagarse la boca. Al salir, un grupo de curiosos lo observan burlones. Ella lo mira de reojo mientras su acompañante le acaricia la mejilla y la besa en los labios. Entristecido, camina hacia la barra para terminar su bebida. Don Chuy trata de animarlo y le ofrece otro tequila, cortesía de la casa. Él se niega y extrae un par de billetes de la cartera. El resquicio de orgullo que aún conserva le impide llorar. Decide retirarse y terminar el ridículo. Se despide de Don Chuy sin siquiera imaginarse que esa es su última oportunidad de hablar con él. Camina tambaleante hacia la salida jurándose no volver a pensar en ella.

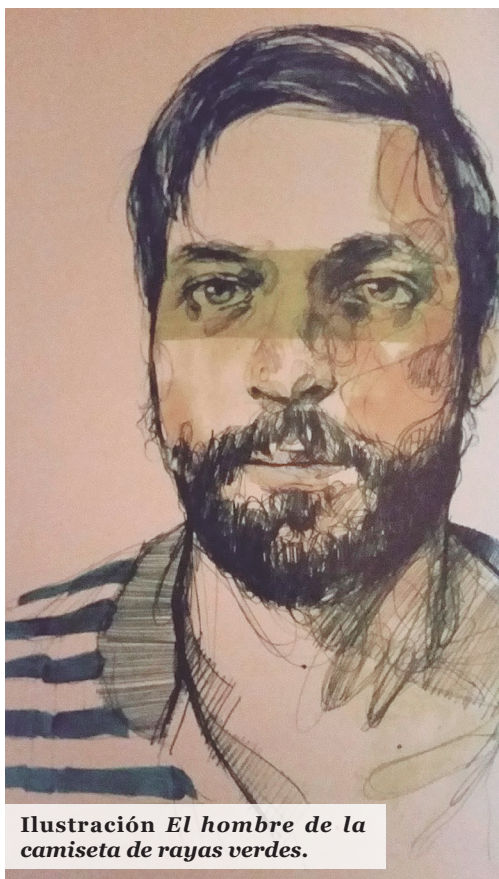


Ilustración *El hombre de la camiseta de rayas verdes.*

Él

Azul Sevilla

Labios de pera,

ojos de verde olivo,

alma de niño.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Una carrera de autos

Don Manuel Sánchez Silva

(9 de septiembre de 1962)

Para las fiestas septembrinas de 1926 la Junta Patriótica elaboró un ameno programa, en el cual se destacaba, como número de mayor atracción, un evento automovilístico que en la tarde del 16 de septiembre de ese año debería efectuarse en los llanos del Peregrino, convertidos ahora en campo de aviación.

Con la necesaria anticipación se lanzó la convocatoria respectiva, estableciéndose una carrera de categoría libre para automóviles “de velocidades” y dos carreras a base de Fords modelos T. Los premios fluctuaban entre 20 y 30 pesos en efectivo.

Más interesante que las carreras en sí resultaron los entrenamientos de los pilotos, que después de inscribirse según categorías y características de vehículos, entrenaban mañana y tarde, lanzando sus ruidosos aparatos a través de una pista improvisada de tierra suelta, que tendría de 800 a 1,000 metros en cuadro. ¡Y era de ver a aquellos precursores de Fangio y Bonetto colocarse gorro, gafas y guantes con la gravedad de un piloto a prueba, ascender a sus carros y proyectarse a velocidades terroríficas que nunca llegaron a exceder los 80 kilómetros por hora!

En la categoría libre se inscribieron Manuel Quintero, con un coche Dort, propiedad de don Enrique Rivera Q., quien había consentido en que se dibujara a lo largo de la carrocería el sugerente nombre de “Espíritu de Ben Hur”; Gregorio Pérez, “El Yago”, con un Willys Knight de don Manuel Negrete; Genaro Galindo con un Buick Special del licenciado Solórzano Béjar, gobernador del estado; y José Rodríguez, “El Carmetas”, con un Dodge 4.

En las carreras de Ford, se inscribieron Miguel Santana Espíritu, Sóstenes Castro “El Canicho”, Pedro González, Ernesto Álvarez -quien originalmente pretendió correr en un automóvil “Grev”, pero que habiéndosele desviado se contentó con tripular un modesto fotingo-, José Álvarez García y otros deportistas más.

Cuando después de 15 ó 20 días de entrenamiento llegó por fin la esperada fecha, la pista se encontraba en condiciones deplorables. En cambio, el público había entrado en calor y se cruzaban apuestas respecto a las posibilidades de los corredores,

de acuerdo con la habilidad demostrada en las pruebas y el tiempo registrado en los cronómetros. En cuanto a los pilotos, llegaron al día de la competencia con la convicción de que en las manos de cada quien gravitaban mayores responsabilidades que las que agobiaron a Cristóbal Colón durante su travesía por el Mar Ignoto, hasta descubrir un nuevo mundo.

Por fortuna, la tarde de ese 16 de septiembre fue espléndida y la dilatada extensión del Peregrino fue apenas suficiente para contener una muchedumbre ávida de emociones.

Se inició la carrera de la primera categoría, que comprendía sus vueltas a la pista, y los cuatro carros inscritos recorrieron la distancia entre una polvareda que los hacía frecuentemente invisibles. No hubo ningún accidente en la competencia y el triunfo correspondió a Gregorio Pérez, “El Yago”, que desarrolló la espeluznante velocidad promedio de 90 kilómetros por hora. Manuel Quintero resultó vencedor en segundo lugar y ambos fueron premiados con una clamorosa ovación. En las dos carreras subsiguientes se volteó el Ford que tripulaba Sóstenes Castro, “El Canicho”, y los vencedores finalistas fueron Miguel Santana y Ernesto Álvarez, quienes, según declaración emocionada hecha al terminar las carreras, informaron que habían alcanzado velocidades que fluctuaban entre 60 y 70 kilómetros por hora.

Como un brillante remate de aquella jornada deportiva, que sacudió la murria provinciana, los osados pilotos recorrieron la ciudad a bordo de sus vehículos y alcanzaron a tomar parte en el combate de flores, en el cual robaron cámara por su temeridad y denuedo.

Y como era de esperarse entre gente joven y de buen humor, la hazaña culminó en un céntrico casino, donde sobraron admiradores que se sintieron honrados en agasajar a los héroes del volante.

** Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.*



Un Willys Knight de 1922 y un Ford modelo T de 1923.

El hombre detrás de la barra

II/II

Julio César Zamora

Jesús Argüelles Pérez llegó a Colima en 1988, decidido a comenzar de nuevo para traerse pronto a sus hijos, quienes se habían quedado en Guadalajara con su abuela paterna, la señora Leandra Pérez Cadena, mientras él encontraba empleo. Tenía además una noble ilusión que lo alentaba: conocer el mar.

¿De modo que nunca había vista tanta agua acumulada, Don Chuy?, preguntó el joven que había puesto las canciones de Javier Solís. Los dos se rieron. Lo más parecido que he visto fue el Lago de Chapala, y de eso hace años, cuando de verdad tenía agua. Hoy se me hace que el río Colima tiene más. Volvieron a reír. Por cierto, ¿has escuchado *Mar*, de Solís? ¿No? ¡Uh, lo máximo!, pero bueno, ese hombre tiene muchísimas canciones. Algunas ya ni las tocan, ni los mariacheros las han de conocer.

Jesús se hospedó en casa de su hermana María, quien vivía en la colonia Pimentel Llerenas. Después de un par de semanas de buscar trabajo, consiguió entrar a la Pepsi, en el área de Producción, pero a los tres meses la refresquera cerró y le dieron su finiquito. Para entonces ya se había traído a su mamá y a sus tres hijos. Ese mismo día y los siguientes no paró de buscar empleo, pero nada salió. No tuvo más remedio que irse a cambiar el cheque de su liquidación al banco.

Mientras caminaba por la calle Hidalgo, en el centro de la ciudad, de repente le pareció escuchar su apellido y despertó de su letargo. ¡Argüelles!, volvió a escuchar. Y otra vez ¡Argüelles! Giró el rostro y descubrió que se trataba de Abel Díaz Rodríguez, un amigo de la infancia y adolescencia que ahora vivía en Colima y era dueño de la Conasupo. Platicaron y ese mismo día le dio trabajo en la tienda. Hacía de todo, hasta acompañar al bohemio patrón a la hora feliz en algunos restaurantes, pero Jesús ya no tomaba ni una gota de alcohol desde que dejó Guadalajara.

A medianoche, el bar se convertía en una casa común. Los de la barra, sin intención, adoptaban la filosofía de Lennon: darle una oportunidad a la paz, eso buscaban en La Puerta, algo de paz, algo de olvido, algo de complacencia, porque lo que faltaban en ellos los unía, los redimía, los hermanaba, sólo ahí, en ese momento, en ese espacio, en esa noche, en esa atmósfera que jamás volverá.

¡Don Chuy!, ¿quién hizo la primera grabación de José Alfredo Jiménez?, preguntó Beto. Miguel Aceves Mejía, con el tema *Ella*; después la grabó Jorge Negrete. ¿Y quién le parece que la interpreta mejor?, preguntó Pepe. Todas las versiones son buenas, cada cantante con su propio estilo, pero me gusta en voz de su autor, con José Alfredo. La escribió en junio de 1950.

La mayor de sus hijas, Hilda Liliana, ya cursaba la secundaria; mientras que Jesús Alberto apenas iba a terminar la primaria. Lorena, la pequeña, estaba en el segundo grado. Todas las mañanas su abuela les preparaba el desayuno, al igual que las comidas; su padre les daba la cena, pero no había día que Jesús no agradeciera a su madre “no sé cómo le haría sin ti, mamá. Gracias por atenderlos, por todo”. La señora lo veía con angustia y le decía “estás a tiempo de volver a encontrar otra mujer, mira que a mí ya no me queda mucho”.

La mayor preocupación de Jesús Argüelles era conseguir un empleo donde pudiera cotizar al Infonavit y sacar un crédito para tener su propia casa. Ya no quería seguir causando molestias a su hermana María y su esposo, con quienes tenían viviendo cinco meses. Semanas después entró a laborar a la calera de Los Asmoles, Colima, de

la familia Montaña. Allí cuidaba el polvorín, en el cerro, donde almacenaban la dinamita. Cada vez que se necesitaba hacer barrenos para explotar, él hacía un registro de las cantidades que tomaban. En ese entonces pudo cotizar y conseguir su casa en la colonia Manuel M. Diéguez.

Al cabo de un año, se vio obligado a renunciar por diferencias con otro empleado de la calera, que lo traía entre ceja y ceja. En ese periodo conoció a su tercera mujer, con la que tuvo una niña y un niño. Luego encontró trabajo en un taller de mantenimiento industrial, un campo que él conocía a la perfección, pero igual que en ocasiones anteriores, la demanda se redujo drásticamente y el propietario se vio forzado a cerrar su negocio.

A la una de la mañana, la rockola era un volado. Lo mismo podía escucharse *Like a stone* de Audioslave, como *Las nieves de enero* de Chalino Sánchez. En la barra algunos ya pedían caballitos de tequila, o rusos para ellas; Fernando y *Gordis* cenaban las delicias de Doña Ana, la cazuelita y el excepcional lomo con pepino; Cinthya zapateaba con el deseo de bailar, ¡Órale Don Chuy, véngase! Pepe hablando de Cioran con *Topo*, Óscar de música con la otra Cynthia, Víctor y Beto siguiendo las bromas a *Buby*.

Años atrás cada quien había por su cuenta propia a la barra. Algunos solos, otros con pareja y unos más en camarilla. Así se fueron sumando y conociendo, pero desde un principio y hasta el final el interlocutor esencial fue Don Chuy. Él sabía sus nombres, a lo que se dedicaban y lo que bebían.



Posteriormente obtuvo un empleo temporal en la Dulcería Reyes, ubicada por Maclovio Herrera, pero tras cerrar el negocio el mismo dueño, *Teoco* Reyes, le informó que el gobierno del estado estaba ofreciendo unas becas para desempleados, con el objetivo de que ingresaran al Cecati a estudiar una carrera técnica. Entonces se dirigió a la escuela en Aquiles Serdán y se inscribió en Ali-

mentos y Bebidas. Días antes sucedió una tragedia, perdió a su hijo Jesús Alberto.

Tiempo después de aquel trance doloroso, entró a dar sus prácticas profesionales al Café Colima 88, un número simbólico para él por ser el año en que llegó a esta tierra de palmeras. Al paso de unos meses se le nombró encargado-administrador del lugar y allí permaneció muchos años, en el Jardín de La Corregidora, hasta que el negocio se cambió a la calle 27 de Septiembre.

Al Café Colima 88, propiedad de Alberto Tellez Careaga, acudió una infinidad de parejas enamoradas que hoy en día son matrimonios. Ahí mismo se realizaron bodas, conciertos de rock con grupos como El Cerillazo y la banda Besos de Cristal, además se presentaron trovadores como Miguel Torres, Salvador Adame y los hermanos Arturo, Jorge y Rabí Hernández.

Los pasos dobles de Javier Solís animaban a todos los de la barra, *Sevilla*, *Silverio*, *Valencia*, *Suerte loca*, *Fermín*, y por supuesto, estallaban en regocijo al escuchar *Granada*. Uno de ellos solía imitar los gestos toreros, desde el caminador hasta los desplantes, con capote y espada imaginarios. ¡Aja, matador!, le coreaban. ¡Ah, cómo me hacen reír ustedes!, decía Don Chuy.

Minutos antes de que dieran las dos de la madrugada, Don Chuy repartía las cuentas a las mesas, para que la gente se fuera saliendo del bar. Los de la barra todavía cantaban las últimas canciones como Alma de acero, Cien años, Ojalá... Se quedaban hasta el final, ¡Don Chuy!, ¡una más para llevar! ¡Don Chuy, cinco minutos más! ¡Don

Chuy, ¿nos deja tomarnos una foto detrás de la barra?!

*

Cuando se cambiaron a la calle 27 de Septiembre, el café recobró su auge, aunque no como el de antaño. Allí Jesús Argüelles hizo mucha amistad con los clientes, entre ellos Emigdio Salgado Mares y David Martínez Mora; el primero, tapatío, farmacéutico y organizador de la Feria de Todos los Santos durante varios años, y el segundo, un reconocido periodista colimense que canta a la morena en sus epigramas.

Después de varios años de estabilidad y al fin un trabajo duradero, falleció su señora madre, Leandra Pérez, y su tercera mujer, con la que permaneció ocho años, se marchó a la Ciudad de México con los dos hijos que tuvieron. Pese a la ruptura familiar, Jesús se sentía muy bien trabajando en el Café Colima, pero en enero del 2003, el terremoto que sacudió fuertemente al estado, derrumbó totalmente la finca y se acabó para siempre, tras 15 años de vida. ¿Y ahora qué?, se preguntó.

El dueño del café, Alberto Tellez, también era propietario del bar La Puerta, ubicado sobre la misma 27 de Septiembre, a dos metros de donde estaba el Colima 88. Entonces le dijo a Jesús que se encargara del bar, quien desde 2003 y hasta 2019 atendió el establecimiento ininterrumpidamente, convirtiéndose en el alma del lugar, el hombre de la sonrisa franca y honesta, el señor al que todos apreciaban, el símbolo principal de La Puerta.

*

Más de alguna vez Don Chuy consintió a los de la barra, cerraba la puerta del bar y le bajaba el sonido a la rockola, les servía la última ronda mientras él se ponía

a sacar cuentas y hacer el corte de caja. Otras veces, sacaba una vieja grabadora y ponía un casete que tenía sólo música de Solís. Por desgracia, una amiga de Cinthya, bailarina como ella, estiró y alzó su pierna tirando un tarro de cerveza, cayendo el líquido ambarino sobre el aparato y echando a perder la cinta.

Así como fueron llegando a la barra, se retiraron paulatinamente aquellos amigos que cada sábado coincidían en ella. Uno a uno comenzaron a ausentarse. No hubo despedida entre ellos, como tampoco la tuvieron con Don Chuy. No era necesario. Él sabía mejor que nadie que ese momento llegaría, recomendaba que así fuera, porque los instantes que marcan la vida se reemplazan con los nuevos, pero en la memoria siempre estarán los gratos recuerdos.

Aquel joven de 27 años que ponía las canciones de Javier Solís, incluida *El Malquerido* a petición de Don Chuy, y al que más de alguna vez le dijo “Ya es tiempo de que te cases y tengas familia”, le habría gustado decirle que será un dichoso papá.

*

Un año después de laborar en La Puerta, en las primeras vacaciones que le dieron a Jesús, sus hijas Hilda Liliana y Lorena, ya casadas y con hijos, lo llevaron al mar. Hacía mucho que no sentía tanta alegría y belleza ante sus ojos.



Colofón: Su gran ídolo musical, Javier Solís, falleció un 1 de septiembre; Jesús Argüelles Pérez, Don Chuy, el 2 de septiembre.

***Esta crónica fue escrita con especial dedicatoria y con un profundo respeto para las hijas, nietos y familia de Don Chuy; en paz descanse.*

Libros y otras cosas

Nerval y el soneto

David Huerta

El soneto es una forma poética de extraña perfección. Rectángulo de palabras, sus partes se distribuyen de la siguiente manera: dos cuartetos (8) y dos tercetos (6), para dar el número canónico de versos: 14.

Uno de los sonetos más famosos de Lope de Vega —y de la lengua española— es un poema “alegórico de sí mismo”, o para decirlo a la moderna: autorreferencial. Es decir, su tema es él mismo, sus propios versos, y además despliega en un espacio diminuto la forma y el procedimiento, paso a paso, para componerse: “Un soneto me manda hacer Violante”, dice su primer verso y a partir de ahí cada verso describe el camino del poema; cuando dice, por ejemplo, “estoy a la mitad de otro cuarteto”, vemos que efectivamente el poema está ahí, en el sexto verso, a la mitad de su segunda estrofa.

Pero no me voy a meter aquí en una disertación sobre el soneto. Nada más voy a evocar un poema de ese género que me ha acompañado durante largos años: se titula, en lengua española, “El Desdichado”, y es una pieza del francés Gérard de Nerval (1808-1855), genial y atormentado precursor de la escuela simbolista en su país.

Para mí, en estos días, el camino para volver al soneto nervaliano pasó por la prosa reflexiva y crítica. En primer lugar, por el precioso libro de Richard Holmes, de crónicas y apuntes biográficos, titulado *Huellas*, sobre un puñado de escritores románticos, que consulto de vez en cuando; luego, un ensayo de pensamiento literario cuya lectura me debía

hacer ya muchos años: *El movimiento simbolista en literatura*, de Arthur Symons, que me parece una obra maestra. Symons y Holmes escriben con suprema elocuencia acerca de Nerval. Pero casi nada hay semejante al precioso librito de Florence Delay, *Llamado Nerval* (FCE), a cuyas páginas he vuelto también en estos días.

El soneto “El Desdichado” presenta sin el menor sistema —o mejor dicho: con el sistema de un poema, a la vez suelto y riguroso— los elementos de varios mitos. Esa rara constelación de fábulas y alusiones está internamente enlazada por una música verbal de una belleza seductora; de una eficacia tal que aun quienes no conocen bien la lengua francesa, la disfrutan y se impresionan con la sonoridad de los versos. Cómo consiguió Gérard de Nerval esos efectos es parte del misterio que le ha dado su fama a este poema.

El soneto nervaliano pertenece a una serie que lleva el encabezado general de “Las Quimeras”. Son apenas 17 poemas que le aseguraron a Nerval un lugar perdurable en la historia de la literatura francesa.

Sé que algún lector extrañará el tema de las traducciones al español de “El Desdichado”. Hay buenas traducciones a nuestra lengua, y mejor aún: son muchas las traducciones y versiones de esos versos. Yo consulto casi siempre los traslados de Octavio Paz, que me parecen magníficos y muy útiles.

Es probable que los temas aquí abordados no sean de actualidad. Es uno de sus atractivos.

El desdichado

Gérard de Nerval

Yo soy el tenebroso —el viudo —el sin consuelo,
Príncipe de Aquitania de la torre abolida,
murió mi sola *estrella* —mi laúd constelado
ostenta el *negro Sol* de la Melancolía.

En noches sepulcrales tú que me consolaste
el Pausílipo dame, la mar de Italia vuélveme,
la *flor* que amaba tanto mi desolado espíritu,
la parra donde el pámpano a la rosa se alía.

¿Soy el Amor o Febo? ¿Lusignan o Biron?;
roja mi frente está del beso de la reina;
yo he soñado en la gruta que habita la sirena;

Yo crucé el Aqueronte, vencedor por dos veces,
y la lira de Orfeo he pulsado alternando
el llanto de la santa con los gritos del hada.

(Traducción de Octavio Paz)

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXII

El rey recibió parte del botín

Ramón Moreno Rodríguez*



La batalla de Tepeaca fue una de las más sangrientas que los extranjeros y sus aliados tlaxcaltecas hayan protagonizado en aquellos tres años de terribles guerras. El balance no puede ser sino pesimista, porque todos los datos que hay de la misma (la mayoría procedentes de juicio de residencia contra Cortés) hablan de la terrible sevicia de que se valió el extremeño y los tlaxcaltecas.

Lo que los españoles alegaban es que así procedieron porque era como se acostumbraban las guerras entre los naturales de la Nueva España, y que ellos, los españoles, no podían evitar tales crueldades; lo decían refiriéndose a los festines de carne humana que se daban los de Tlaxcala, pero no hay que olvidar que junto a esas comilonas hay que agregar los usos y los abusos extranjeros. Es decir, Cortés, hizo esclavos a todos los tepeacas que lograron tomar vivos, fueran hombres, mujeres o niños y los mandó herrar en el rostro.

La esclavitud en la época prehispánica sólo incluía el apropiamiento de la mano de obra por un tiempo de una persona dada, en lo demás, el individuo era libre, incluso podía pedir a otro que lo sustituyera en el trabajo. En el uso europeo el esclavo era un objeto, casi un animal de carga o tiro al servicio del dueño, se le alienaba de todo, incluso de la voluntad. Los tepeacas fueron los primeros esclavos reducidos a tan infamante estado. ¿Cuál fue la culpa de esas mujeres y esos niños para haberles asignado tan brutal destino? Ser residentes del lugar, nada más.

En uno de sus escritos Cortés concluye el asunto diciendo al rey: “hice ciertos esclavos, de que se dio el quinto a los oficiales de su majestad”. Es decir, nada hay de culpa en esto, entre otras cosas, porque su majestad recibió una paga por ello. La complicidad debería acallar cualquier voz de la conciencia que protestase contra tal violencia.

Juan Bono de Quejo (esclavista denunciado por el padre las Casas y enemigo de Cortés que declaró en contra de éste en el juicio de residencia), dijo que no pararon aquí las brutalidades cometidas por el extremeño. En sus deposiciones dice que el metilense permitió todo tipo de atrocidades contra los tepeacas, incluso que el mismo conquistador lanzó desde lo alto del templo mayor prisioneros para que allá abajo, los perros les devoraran las entrañas y con ello castigar a los que se le resistieron y divertir a los suyos.

En cuanto a las brutalidades de comer carne humana, se le atribuyen esos festines a los tlaxcaltecas, a los que Cortés permitió montar carnicerías ambulantes entre las ruinas de Tepeaca, para ellos mismos vender y comprar esas mercancías que hoy nos parecen inexplicables. Pero quienes testificaron en contra de Cortés, años después, incluyeron a los españoles participando de tales mercaderías y consumo de tales carnes, alegando el hambre que se tenía; incluso, se explica cómo se cambiaba una pierna humana por una o dos gallinas de la tierra (la carne humana era la más demandada). También se explica cómo se alimentaban los perros cebados con

los restos humanos de los derrotados tepeacas.

Muchos de esos esclavos, volviendo a ellos, fueron llevados a Tlaxcala e incluso, se habla de que otros más fueron enviados a las islas, a trabajar en los trapiches que allá tenían los españoles. Difícil hacer un recuento exacto de lo que entonces pasó, pero aquella guerra de entradas duró más de veinte días. Ufano, Cortés dice al rey: “con la ayuda de Dios y la real ventura de vuestra alteza siempre los desbaratamos y matamos muchos, sin que en toda la dicha guerra me matasen ni hiriesen ni un español... en obra de veinte días hube pacíficas muchas villas y poblaciones a ellas sujetas y los señores y principales dellas han venido a ofrecerse y dar por vasallos de vuestra majestad”.

El procedimiento era el siguiente, una partida de españoles de entre 30 y 50, acom-

pañados por un contingente de aliados (tlaxcaltecas, huejotzincas o texcocanos) se presentaban a una monarquía india y le exigían al tlatoani del lugar –como lo hicieron en Tepeaca– que se rindieran y dieran la obediencia al rey de España, si no lo aceptaban se les haría la guerra hasta aniquilarlos por completo como pasó en Tepeaca. El miedo, por lo sabido que había sucedido, hizo que varios reinos se entregaran sin oposición, eso pasó con Tecali o Guaquecholan, pero otros se opusieron y enfrentaron las terribles consecuencias.

Entonces se entregaron a Cortés, Guaquecholan, Itzacan, Tochimilco, Zacatlán, Teotlalpan, Jonotla, Tetela, Teotihuacan, Tecali, Tepexi de la Seda, Papantla, Xalapa, Chiautla y Chietla. No lograron someter a Otumba, Cuauhnáhuac (Cuernavaca) y Cuatro villas (Oaxaca). Actuaron como aliados de los españoles desde esos momentos iniciales de la batalla definitiva: Zempoala (tononacos), Tlaxcala, Huejotzingo, Cholula, Chalco y Tlalmanalco.

En conclusión, casi toda la región oriental del imperio mexicano quedó desmembrada de éste y ese flanco, tan rico y valioso, quedó desprotegido. Hugh Thomas concluye que fue la más sorda, violenta y desconocida de todas las batallas que enfrentaron los extranjeros: “Esta campaña fue a la vez la más tediosa, la más brutal, la más importante y la más olvidada de las que libró Cortés en la Nueva España. En el curso de ella dominó a más de la mitad del país, destruyó los nexos de los mexicanos con la costa oriental, les cortó las fuentes de provisión y por medio del temor que inspiraba, obligó a miles de indios a apoyarle y aceptar ser vasallos del rey de España (fuese cual fuese el significado de este concepto tan extraño para ellos).

Además, estableció una base segura para la conquista final”.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr.mx@gmail.com



La esclavitud en la época prehispánica sólo incluía el apropiamiento de la mano de obra por un tiempo de una persona dada. En lo demás, el individuo era libre, incluso podía pedir a otro que lo sustituyera en el trabajo. En el uso europeo el esclavo era un objeto, casi un animal de carga o tiro al servicio del dueño.

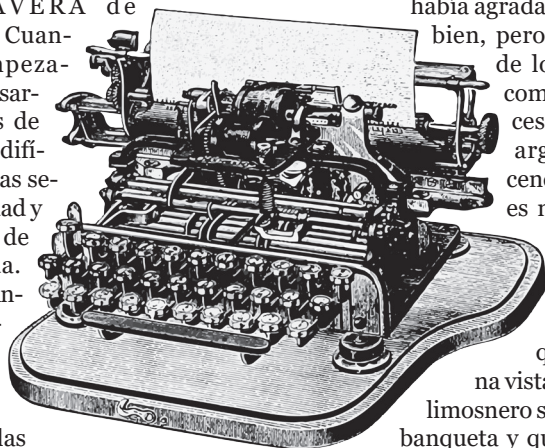
DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

El arte de vender

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA de 1921.- Cuando empecé a usar los brasieres de fábrica era muy difícil convencer a las señoras de la bondad y confortabilidad de la nueva prenda. Recuerdo que Ángela, la empleada mayor de la ya acreditada y prestigiada Casa Ceballos, las convencía con firmes y contundentes argumentos que yo alcanzaba a oír cuando me situaba disimuladamente detrás del maniquí, o de un montón de piezas de tarlatana. A las gorditas les decía: "Tú que las tienes crecidas con esto se te notarán más chicas". Y a las otras: "Con esto se le verán más exuberantes y su cintura se verá más proporcionada, respirará mejor, podrá sentarse y moverse con toda soltura, así que deje el corset y use lo que todo mundo está usando en las grandes capitales". Y así fue como Angelita las convencía y empezaron a vender, desde luego en voz baja y con discreción. Ahora, gracias a la moderna mercadotecnia, se anuncia y se vende hasta en el supermercado El Paraíso.

Otoño de 1972.- El señor Lic. Orozco, juez de distrito, presentóse en la Casa Ceballos en compañía de su progenitor. Mi papá lo saludó afectuosamente y después de las frases protocolarias, mi padre le preguntó en qué podía servirle. El licenciado manifestó su deseo de comprar un sombrero fino de color negro. Al momento, mi papá pasó a la trastienda y regresó con una caja, de donde sacó un Stetson negro que afortunadamente resultó de la medida. El Lic. Orozco se lo probó, se lo vio en el espejo y, volviéndose y satisfecho, habló: ¿Cuánto vale? Solamente doce pesos, señor licenciado. Muy bien, me lo llevó. En esos momentos, el hijo lo tomó y al verle la falda le notó una pequeña perforación simétricamente situada a mitad de la falda, lo que de inmediato le comentó a su papá. El licenciado, sorprendido y desalentado, preguntó si había otro, a lo que mi papá le contestó que era el único, por lo que el juez apenado y desilusionado le retrucó que lo sentía mucho, pues el sombrero le



había agradado y le quedaba muy bien, pero que por el defecto de lo picadito no debía comprarlo. Y fue entonces cuando mi papá le argumentó: "Mire, licenciado, la perforación es muy pequeña, nadie se dará cuenta, pues solamente una persona parada en un balcón y siempre que tuviera muy buena vista podría vérsela, o un limosnero sentado al borde de la banqueta y que solamente alza la vista cuando pide la caridad, y usted, señor licenciado, tendrá buen cuidado en evitar pasar bajo un balcón que, como ve, aquí en Colima son pocos, y cerca de un mendigo". Ante razones tan poderosas, el licenciado sonrió, se acomodó el sombrero y pagó los doce pesos.

A fines de la misma década, mi buen amigo Federico me vendió varias cosas de sus antepasados. Entre ellas venía un cuadro de una señora, posiblemente su tatarabuela. Estaba enmarcado en una bonita yarda. Mucho de lo comprado lo regalé a mis hijos y otro mucho lo vendí, pero el cuadro colgado en la tienda a nadie le interesaba. A quien me preguntaba, le contestaba que era de mi tatarabuela y desde luego nadie lo discutía. Equis día, se presentaron en la acreditada y prestigiada Casa Ceballos unas personas emigradas, que compraron varias hermosas copias prehispánicas para su nueva casa que estaba por estrenar en Los Ángeles, y entonces les ofrecí el cuadro. Al principio se negaron, pero insistí argumentando que era un bonito e interesante personaje que adornaría su sala y que a sus amistades la presentarían como su querida abuela, "pero..." decía la señora, "¡Nada, doña! Nadie podrá negarles que efectivamente es su abuelita, y ustedes agregarían que ella ya vivía en el condado cuando todavía era de México la provincia de California". Ante tales argumentos, el matrimonio sonrió y asintió y lo pagó. Desde entonces, en la sala de aquel próspero matrimonio chicano luce en el lugar de honor el cuadro de la "abuelita", reverenciada y admirada por el cúmulo de nietos y bisnietos, muchos de ellos ya de ojos azules.

* Empresario, historiador y narrador. †

Rugidos literarios

Jo y las letras mágicas

José María Lomelí Pérez

No importa las condiciones en las que uno nace, sino lo que llega a ser cuando crece. J K Rowling

Hablar de J K Rowling en la actualidad no sólo es hablar de la escritora y productora de una de las sagas literarias y cinematográficas más exitosas de los últimos tiempos, una de las mujeres más influyentes del mundo y la décimo segunda más rica del Reino Unido, sino también de una mujer de un pasado humilde, de una madre que tuvo que encargarse sola de la manutención de su hija, del rechazo editorial, de un prolongado periodo de crisis económica, severos pasajes depresivos y de una idea brillante que supo nutrir con experiencias propias y que fue trabajando durante más de 17 años.

Joanne Rowling nació en Yate, Reino Unido, un 31 de julio de 1965, siendo la primera de las dos hijas del matrimonio conformado por Peter James Rowling y Anne Volant. Cuenta la propia Jo, como le gusta ser llamada, que fue con su hermana Dianne, Di, un año menor a ella, con quien descubrió su gusto por inventar cuentos, siendo el que formalmente recuerda como el primero uno que escribió alrededor de los seis años y que relataba la historia de Rabbit, un conejo con sarampión quien es visitado por sus amigos, entre los cuales se encontraba una abeja gigante llamada Miss Bee.

Como todo escritor, desde pequeña comenzó a ver pistas de las historias que aún no sabía iba a contar en el futuro, pero que quedarían registradas en su mente y se irían revelando de forma paulatina una vez que las historias de Harry Potter comenzaran a escribirse.

Y es que modelos para personajes como Albus Dumbledore, director del Colegio Howarts de Magia y Hechicería, y Ron Weasley, el distraído amigo de Harry, los encontraría respectivamente en Alfred Dunn, director de su escuela primaria: St Michael's, como en Sean Harris, su mejor amigo de la secundaria, quien además (como Ron) tenía un carro de la misma marca y color que el mostrado en *Harry Potter y La Cámara de los Secretos*. En tanto que la inspiración para los oscuros dementores la extraería de algunos pasajes depresivos

por los cuales atravesaría después de su divorcio.

Durante su época universitaria, tras no ser admitida en Oxford en 1982, estudia filología francesa y clásica en la Universidad de Exeter. Seguidamente continúa sus estudios en París regresando después de un año a Londres, donde trabaja como secretaria e investigadora para Amnistía Internacional. Una juventud bastante "normal", la cual se vería trastocada un día de junio de 1990 cuando la idea de una escuela para magos le cruza por la mente mientras espera en una estación de tren.

La muerte de su madre aquel mismo año no sólo la afectó en lo personal, sino que además reflejó su sentimiento en su naciente obra, puesto que pudo entender mejor al joven mago, huérfano como ella, a partir de entonces.

En Oporto, Portugal, mientras trabaja como maestra de inglés, conoce al periodista Jorge Arantes, con quien se casaría en 1992 y con quien procrearía a Jessica Isabel, su primera hija nacida en 1993. Sin embargo, el carácter violento y las infidelidades del periodista contribuirían a la brevedad de aquella unión, abandonándolo Joanne en noviembre de ese mismo año y de quien finalmente logra divorciarse en 1995.

Ese mismo año, ya de regreso en su país, con su manuscrito finalizado del primer volumen de la saga, *Harry Potter y La Piedra Filosofal*, enfrentará no uno, ni dos, ni tres rechazos, sino doce. No es hasta que la entonces modesta editorial Bloomsbury recibe su texto y que es leído por la pequeña hija de su presidente que Joanne recibe una respuesta favorable y un primer adelanto por 1,500 libras esterlinas.

Lo que siguió, antes del éxito editorial, fue encontrar un nombre adecuado, puesto que los editores consideraban que no muchos se sentirían interesados en leer un libro de literatura fantástica escrito por una mujer. De ahí el pseudónimo por el cual todos la conocemos en la actualidad: J K Rowling. Extrayendo la "K" del nombre de su abuela paterna: Kathleen.

Con su primer entrega, publicada en 1997, Joanne ganaría el Premio al Mejor Libro Infantil, mismo que repetiría con sus dos siguientes entregas, convirtiéndose en la primera persona en conseguirlo.